

**EL ESTADO-NACIÓN LATINOAMERICANO:
LOS ATOLLADEROS DE DOS SIGLOS DE REPRODUCCIÓN DE UN MODELO**

Autor : FLACSO

1. Introducción

Se han iniciado las celebraciones del “bicentenario” en América Latina. Y sin embargo, la independencia de América Latina no resultó en lo que muchos de sus próceres habrían anhelado. No tenemos ante nosotros un subcontinente particularmente influyente o próspero a nivel global, ni estructuras domésticas que permitan la florecencia de sociedades “libres, iguales y fraternas”. Más que una celebración entonces, quizás el bicentenario nos brinde un pretexto para la reflexión, una oportunidad para aventurar algunas hipótesis que ojalá logren provocar el debate sobre el pasado, presente o futuro de América Latina.

Aquí, propongo identificar los obstáculos históricos que han socavado la construcción y consolidación de los estados-nación latinoamericanos. El tema es amplio y le incumbe a lo que podríamos llamar la “macro-historia”, cuya propuesta se ha vuelto, lastimosamente, un verdadero tabú académico. ¿Cómo abarcar tanto sin caer en la “todología”, sin mancillar la pureza disciplinaria mediante generalizaciones casi siempre problemáticas? El dilema sigue siendo el mismo. Si el enfoque en lo puntual y lo específico ahonda la precisión, su efecto secundario suele ser la pérdida de una *vision d’ensemble*, esa vital perspectiva global que nos permite identificar la diferencia entre lo realmente importante y lo superfluo. Al caer demasiado en la tentación del detalle escolástico, muchos en las ciencias sociales hemos acabado prestándole demasiada o exclusiva atención a los múltiples catarros que incomodan nuestras sociedades, perdiendo de vista tumores malignos que desde la independencia han saboteado el desarrollo de estructuras estables a largo plazo.

El problema central que nos concierne aquí es entonces ¿por qué, a sus 200 años de vida, el estado-nación en América Latina sigue siendo débil, vulnerable, y con poder limitado para afectar el destino de los miembros de su comunidad imaginada? Y pocos dudan de que el cuadro siga problemático: ausencia de una verdadera autoridad del estado en gran parte del espacio nacional, estados dentro del estado que socavan el monopolio estatal del uso de la fuerza, y un modelo de desarrollo agro-primario exportador tan poco diferente, para la mayoría de estados-nación latinoamericanos, del que se impuso en los albores de sus períodos republicanos, y que hasta ahora no produce resultados muy alentadores en términos de “desarrollo”, ni desde las múltiples visiones originarias de lo que significa “el bienestar”, ni desde la perspectiva más eurocéntrica de la “modernidad”.

Hablaré de “estado-nación”, porque es a este modelo político-administrativo al que América Latina se sumó cuando se adhirió al sistema westfaliano de estados-nación soberanos impulsado por Europa en los tres siglos que separaron el Renacimiento de la Revolución Industrial. El hablar de “estado-nación”, no obstante, puede resultar problemático. Aquí sin embargo, la comúnmente empleada fusión de estos dos términos

cumple un propósito específico, en particular el permitirnos hablar en términos muy amplios sobre eso que llamamos vulgarmente “países”. Sin esta promiscua relación entre lo institucional-administrativo (el estado) y lo social-emocional (la nación), no podremos llegar a entender el marco en el cual se desenvuelven, a final de cuentas, las estructuras capitalistas modernas en las que estamos inmersos.¹ “El estado”, guardián de las nuevas reglas de juego, encontró su *leitmotiv* en “la nación”, su justificación casi siempre exaltada y única capaz de mover a las grandes masas en defensa del nuevo proyecto político-económico. Nadie moriría por “el capitalismo”, pero millones, sobre todo entrado el siglo XX, darían la vida por el estado-nación francés, japonés o colombiano.²

Para lograr más claridad, estudio los conceptos “estado” y “nación” por separado, sin perder de vista lo frecuentemente interdependiente de ambos conceptos. El estado, o más bien el *tipo* de estado, o la *ausencia* de estado, tiene evidentemente gran parte de la responsabilidad de los problemas que enfrenta la nación. A su vez, identidades nacionales inciertas indudablemente son un obstáculo para que el estado logre permear muchos de los lugares periféricos del ordenamiento territorial rural o urbano que deberían estar bajo su control.

Este ensayo propone por lo tanto una explicación de la debilidad del estado-nación latinoamericano a través de tres argumentos principales:

1. La *nación* latinoamericana ha tenido que enfrentar los retos de un histórico proceso de occidentalización de la identidad nacional. Esto no equivale negar la existencia de identidades que nacen desde adentro y desde abajo, sino reconocer que si el conflicto entre lo endógeno y lo exógeno siempre ha sido latente, también es cierto que el “universalismo europeo”³ ha tenido un gran impacto sobre las identidades latinoamericanas a lo largo de estos dos siglos de independencia formal. En el enfrentamiento o en la difícil negociación entre lo propio y lo foráneo, la balanza, sobre todo en lo que se refiere a identidades que derivan del poder social, político y económico, se ha inclinado decisivamente hacia modelos hegemónicos importados. Por lo tanto, en vez de crear identidades nacionales híbridas propias del mestizaje latinoamericano, en América Latina, lo que se ha gestado son identidades polarizadas, fragmentadas, jerarquizadas y esquizofrénicas, muy poco conducentes a la creación de identidades nacionales sólidas.
2. Si la intención ha sido copiar el *estado* occidental, el resultado no ha sido una copia bien hecha. En primer lugar, América Latina ha tenido mucha dificultad para resolver militarmente sus conflictos internos, lo que ha resultado en problemas a la hora de imponer hegemonías domésticas. Las guerras civiles abundaron pero no resultaron

¹ El debate en torno a la definición de “nación” sigue abierto. Sin embargo, para propósitos de este ensayo, me basaré en las enunciaci3nes de autores como Eric Hobsbawm (*Naciones y nacionalismos desde 1780*, Barcelona, Editorial crítica, 1997), Benedict Anderson (*Imagined Communities, Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, London, Verso, 1983), y Ernest Gellner (*Nations and Nationalism*, Blackwell Publishing, 2006), que concuerdan en su definici3n de la naci3n como una comunidad socialmente construida. Las diferencias aunque importantes entre las visiones de estos autores, en particular sobre el rol que juega la cultura, la historia y la estructura políti3n administrativa, no afectan significativamente los argumentos esbozados en este ensayo.

² *Is there a quote by Hobsbawm.*

³ Ver Immanuel Wallerstein (2007) *Universalismo europeo: el discurso del poder* (México, Siglo XXI)

en guerras contundentes y concluyentes que den origen a un régimen político centralizado y homogéneo. A nivel internacional, por otro lado, América Latina se ha caracterizado por el atrincheramiento de relaciones sorprendentemente pacíficas entre estados vecinos. Esta *pax latinoamericana* se debe en parte, a un cuadro geográfico poco proclive a la guerra interestatal. “El estado hizo la guerra, y la guerra hizo al estado”, sugirió Tilly en su estudio de la formación de estados-nación europeos; pero en América Latina, la ausencia de guerras totales pudo haber resultado problemático el surgimiento de estados fuertes, ingerentes y centralizados.⁴ El resultado ha sido un empate entre élites a nivel doméstico y entre estados rivales a nivel internacional; un equilibrio que favoreció el estatus quo en detrimento de la evolución de estados-nación “modernos”. Cabe añadir que si la guerra no ha sido una norma del comportamiento entre estados latinoamericanos vecinos, tampoco lo fueron los acercamientos amistosos como el comercio, el transporte trans-fronterizo o la comunicación. En realidad, los estados latinoamericanos han padecido de un notorio aislamiento los unos de los otros, que a su vez propició el bilateralismo con el centro del sistema-mundo y ahondó su dependencia con las potencias industriales.

3. La paradoja de la “copia malhecha” es también una consecuencia directa de la preocupación de las élites por dejar demasiados privilegios y estructuras intactas, lo que a su vez implica reconocer que faltaron presiones de abajo (de clases) y de arriba (del sistema internacional) para hacer irreversible el afianzamiento de la “copia modernizadora”. En particular, el rol extractivista y agro-primario-exportador que cumple América Latina en el sistema económico internacional sigue siendo un importante punto de partida para el entendimiento histórico de la debilidad del estado-nación latinoamericano. El estado-nación se ha parecido a menudo a un “estado-plantación”, a pesar de los intentos, más o menos tímidos, de diversificar la matriz productiva latinoamericana en particular durante el siglo XX.
4. El estatus quo que identifiqué aquí no ha sido del todo tranquilo ni sin sobresaltos. Ha permitido oscilaciones pendulares entre un mayor liberalismo y un mayor estatismo a lo largo de la historia del estado-nación latinoamericano. Sin embargo, y a pesar de los momentos “populistas” o “nacionalistas” de la historia de América Latina, ha prevalecido el liberalismo económico en el subcontinente. El nacionalismo político, peor aún económico, no ha logrado afianzarse de manera hegemónica en los estados-nación latinoamericanos. El estatismo nacionalista no ha logrado erigirse como proyecto hegemónico, sino que, en el mejor de los casos, ha logrado convivir a la par de la hegemonía liberal en una suerte de hegemonía dual, de la cual ningún lado sale completamente victorioso. En este sentido, este artículo toma distancia de los estudios que aluden a un arraigado corporativismo *cultural* y un pesado estatismo caudillista en América Latina,⁵ frecuentemente percibido como un rezago premoderno – casi congénito – de la herencia iberoamericana.⁶

⁴ Charles Tilly (1985) “War Making and State Making as Organized Crime” in Peter B. Evans et al., eds., *Bringing the State Back In* (New York: Cambridge University Press).

⁵ En su versión más benigna, estas ideas han sido defendidas por Howard Wiarda, en particular en lo relacionado con el análisis del corporativismo latinoamericano e ibérico; ver Wiarda (1978) *Corporatism in Iberian and Latin American Political Analysis: Criticisms, Qualifications, and the Context and 'Whys'”, Comparative Politics*, Vol. 10, No. 2 (Jan., 1978), pp. 307-312 .

⁶ Abundan formas menos sofisticadas de este culturalismo; ver por ejemplo el libro del ex presidente ecuatoriano Osvaldo Hurtado, (2007) *Las costumbres de los ecuatorianos*

Los argumentos que esbozo aquí no buscan quitarle mérito a las teorías que se alejan del pensamiento marxista que esbozo aquí, o que atacan, a veces con comprensible frustración, el excesivo determinismo económico de las teorías del imperialismo. Pero no es menos cierto que las grandes tendencias macro-históricas pueden ser analizadas exitosamente desde la perspectiva de las estructuras económicas que las circundan, (más aún cuando resulte “pasado de moda” hacerlo).

Es posible, por otro lado, que algunas de las ideas desarrolladas aquí resulten poco novedosas. En ese sentido, es importante recalcar que el concepto de “la copia” tiene inevitablemente fuertes vínculos con la teoría postcolonial. Mi insistencia sobre el proceso de centralización del estado retoma las ideas fundamentales de la sociología histórica sobre la construcción del estado moderno (en especial europeo). Mi hincapié en la homogeneización nacional y la construcción de hegemonías consensuales pertenece a un largo recorrer político-filosófico que se nutre del marxismo, de la teoría crítica y de los numerosos estructuralismos, post-estructuralismos y postmodernismos que abundan en la actualidad. Mis conclusiones sobre la naturaleza liberal del estado-nación latinoamericano, en las cuales insisto sobre la importancia del materialismo histórico y el rol del mercado, hacen por supuesto referencia a antiguas teorías sobre el imperialismo, la dependencia y el sistema-mundo contemporáneo.

Sin embargo, espero que al reunir, algo ambiciosamente, a estos cuerpos teóricos, logre demostrar que, más allá de numerosas diferencias de énfasis e interminables discusiones epistemológicas de por medio, el análisis de la debilidad del estado-nación latinoamericana goza de un abrumador consenso. Esta compatibilidad o concurrencia lógica entre escuelas académicas frecuentemente tratadas en forma aislada, es lastimosamente poco tomada en cuenta en el momento de establecer los males que siguen agobiando al estado-nación latinoamericano.

2. Una nación importada

2.1 El occidente del occidente.

En América Latina, el estado-nación se afianzó temprano. Con las excepciones de Haití (1791-1803), Cuba (1898-1903), Surinam (1975) Puerto Rico (aún bajo régimen colonial) entre otras naciones esencialmente de la cuenca del Caribe,⁷ la mayoría de los estados-nación del subcontinente lograron iniciar el proceso de invención de su nacionalidad y de independencia estatal en el tercer decenio del siglo XIX. Los gestores de la independencia latinoamericana, fueron, con escasas excepciones, terratenientes criollos, más o menos adinerados, cuya principal diferencia con los administradores coloniales peninsulares, era su lugar de nacimiento y su vínculo económico – más que político – con el sistema colonial. Al ver en la madre España o Portugal, un poder ibérico cada vez más frágil y decadente, y en la fecunda Francia, la poderosa Inglaterra y la precursora Estados Unidos, ejemplos alentadores de estados-nación modernos, los

(Quito: editorial Planeta).

⁷ De hecho, muchos de estos estados, no son considerados latinoamericanos, aunque en el caso de Haití, el debate sobre su latinidad persiste.

criollos empezaron a rebelarse. A medida que cambió la definición internacional del significado de lo “moderno”, cambiaron también los modelos sobre los cuales calcar patrones político-económicos para el futuro.

De las contradicciones internas de las revoluciones americanas y francesas, los criollos lograrían sacar mucho provecho. Las paradojas del republicanismo revolucionario francés, fuertemente acentuadas por el bonapartismo imperial, habían traído consigo una “declaración universal de los derechos humanos”, pero paradójicamente carente de “universalismo”, en la cual no se contemplaba, o se contempló por muy poco tiempo, la emancipación de los “nativos” colonizados o la libertad de los esclavos. Por un lado, el código napoleónico abolió – o intentó abolir – la servidumbre en los confines más feudales del oriente y del sur europeo. Por otro lado, su invasión a Haití en 1803 restauró la esclavitud en el único reducto donde los esclavos habían efectivamente logrado emanciparse. La misma actitud adoptaron los padres fundadores en los Estados Unidos al limitar el alcance de su Constitución hasta los lindes de las plantaciones de algodón. La ilustración revolucionaria era exclusivamente contemplada para los occidentales, únicos sujetos de derechos, lo que en el contexto de América Latina, excluía a la abrumadora mayoría de los seres humanos.

Los republicanos criollos entendieron rápidamente esta importante distinción. Ubicados en el cruce más emblemático del encuentro de culturas, razas y cosmovisiones, se esmeraron en evitar que el occidente del occidente, ese “extremo occidente” latinoamericano, se vuelva en realidad el oriente del oriente.⁸ Más allá de las liberaciones de esclavos por parte de algunos de los caudillos más radicales, como Simón Bolívar y mucho más tarde Carlos Manuel de Céspedes, la mayoría de los líderes independentistas fueron siempre cautelosos de no alienar a élites asustadizas ante la posibilidad del “caos social” y por ende también económico. El anhelo de los plantadores era el fin del mercantilismo dirigista de la corona española, no el abandono histórico de la plantación. El recuerdo del levantamiento de Saint Domingue, alimentado por el susurro de los terratenientes *Grands Blancs* que habían huido de la sangrienta revolución haitiana, se difundió primero por Cuba – que resistiría a los embates independentistas por miedo a volverse una “república negra” como Haití –, luego al resto de América, y siguió alimentando el temor de los criollos a la movilización de las hordas plebeyas del continente.

Los liderazgos independentistas que recibieron el apoyo de ciertas élites criollas fueron por lo tanto encabezados por caudillos como Miranda, San Martín, Páez, O’Higgins, y no por rebeldes como Zumbi dos Palmares, Túpac Amaru, Túpac Katari o el Cura Hidalgo. Con algunas excepciones notables, como el atuendo gaucho de los jinetes de Artigas, los uniformes de los patriotas de la independencia fueron por lo tanto un remedo de lo francés: mucho azul, algo de rojo, hombreras doradas y bicornios negros; el todo reproducido por pintores criollos que se esmeraban en remedar el neoclasicismo del pintor David, al mejor estilo napoleónico. No es casualidad que hoy siga prosperando el rumor pícaro que el monumento a Francisco de Morazán en la Plaza Mayor de Tegucigalpa, es en realidad una estatua del Mariscal Ney, hombre fuerte de Napoleón,

⁸ Sobre América Latina como “extremo occidente”, ver Marc Saint-Upéry (2008), *El sueño de Bolívar* (Paidós Ibérica).

que habría sido traída a Honduras luego que los enviados de la república centroamericana se hayan gastado el dinero de la comisión en burdeles parisinos.⁹

Si la independencia latinoamericana fue cosa de élites, el papel que jugaron en ella los pueblos subalternos del continente resulta mucho más ambiguo. Resulta evidente que su problema diario no era con una España imaginada, sino con los patrones muy reales de un sistema de hacienda opresivo. En las guerras civiles que siguieron a las declaraciones de independencia, y en donde no siempre resultaba fácil identificar, desde la perspectiva de la “plebe”, el “bueno” del “malo”, muchos se alinearon entonces a intereses puntuales. Los lanceros de Boves, oriundos del miseroso llano del suroccidente venezolano, fueron feroces opositores del ejército de Bolívar. El Ejército del Sur de Sucre, conformado más por tropas inglesas que quichua-hablantes, fue sin duda más vitoreado desde los balcones de Quito que en las comunidades andinas del sur Gran Colombiano. Y sabemos que corrió el rumor totalmente infundado, entre el ejército negro de Toussaint L’Ouverture, de que el difunto Rey Louis (XVI) pensaba decretar la emancipación de los esclavos.

El nuevo estado-nación latinoamericano fue entonces criollo, oligárquico y terrateniente. Los criollos más radicales como Morelos, Artigas, Bolívar o Sucre fueron útiles hasta cuando su afán transformador empezó a lucir amenazante. Aquí entonces, la “copia” criolla del modelo europeo se adaptó hasta a los vaivenes internos de los conflictos internos del viejo continente. De cierta forma, la oposición entre el jacobinismo de Bolívar y el civilismo de Santander fue una extensión latinoamericana de los conflictos entre Francia e Inglaterra. Santander se impuso a medida que fue afianzándose el siglo de Westminster.

Las élites de los nuevos estados-nación latinoamericanos siguieron remedando a Europa en la moda, en el arte y hasta en la simbología nacional. La Ópera de Manaus en medio de la selva amazónica es un potente símbolo del esfuerzo de las élites por occidentalizar a la selva. Los símbolos nacionales, de la autoridad del estado y de la ilustración republicana, remedaron al neoclasicismo occidental, con gorros frigios, triángulos y pirámides masones, el uso sistemático de la diosa griega Themis con su balanza, espada y ojos vendados como alegoría de la justicia, el fascio de los lictores romanos (en la mayoría de los escudos nacionales y militares), y un abanico de unicornios, cuernos de la abundancia, *quercas coronas* romanas hechas de hojas de roble bien europeo, y yelmos de caballeriza del siglo XIV, anteriores – incluso – a la llegada europea a las Américas, pero usados repetidamente en los escudos de las fuerzas armadas del subcontinente.

Una visión aún más radical podría presentar el proceso de independencia como el triunfo definitivo del coloniaje, ya que se pasó de una imposición externa de la supremacía occidental a una interna, por ende mucho más legítima, de la misma. En este sentido, la experiencia latinoamericana se diferencia del resto del mundo periférico. En África, una minoría de criollos blancos nacidos desde muchas generaciones en las colonias europeas del continente africano, no pudo apoderarse de

⁹ Para nuestros propósitos, no es tan importante establecer si el mito es verídico, como el hecho de que exista.

las riendas de los nuevos estados-nación emergentes en la segunda mitad del siglo XX. Los *pieds noirs* en Argelia no lograron establecer un estado-nación dominado por ellos, y los estados supremacistas establecidos por colonos blancos en Rodesia del Sur (hoy Zimbabwe) y Sudáfrica, fracasaron a los pocos años de la imposición de regímenes segregacionistas. Por supuesto, los países independientes de África y Asia también copiaron al estado-nación europeo, sus instituciones, su sistema político y económico, pero el resultado del histórico proceso de negociación entre lo propio y lo foráneo fue mucho menos tendiente hacia la occidentalización que en América Latina. Algunos estados-nación africanos y asiáticos mantuvieron de forma oficial o semi-oficial sus religiones precoloniales, y si todos se apegaron a normas occidentalizadoras, pudieron en muchos casos resguardar mas elementos autóctonos en los patrones de organización social, cultural y política que en América Latina. Basta observar una cumbre de líderes africanos o asiáticos para ser testigos del nivel de sincretismo adoptado: la mitad de los jefes de estado con terno y corbata, la otra, con atuendos precoloniales. Las camisas indigenizantes de Morales o Correa, añadidas de un vestuario que sigue siendo esencialmente occidental, son en ese sentido una novedad absolutamente minoritaria en los conclave de los presidentes de las Américas.

2.2 Mestizaje y esquizofrenia identitaria en América Latina.

Sin duda parte de la explicación de esta occidentalización latinoamericana reside en el hecho que América Latina vivió largos siglos de coloniaje que permitieron una permeabilidad más duradera ante lo occidental, en marcado contraste con las pocas décadas de colonialismo palpable en muchos rincones de África y Asia. Asimismo, modelos de colonialismos diferentes, particularmente el *Indirect Rule* británico, favorecieron la supervivencia de estructuras autóctonas con mayor facilidad de lo que hizo posible el *caciquismo* indígena privilegiado por los ibéricos.

Quizás el factor más importante haya sido el modelo de administración colonial de América Latina, muy distinto al modelo colonial norteamericano, magrebí o del austro africano, en donde familias enteras de colonos europeos fueron a trabajar la tierra, y por ende a reproducir el modelo de la aldea europea autónoma, un *settler capitalism* cuyo propósito era crear un edén en el nuevo mundo, esencialmente moldeado sobre el viejo mundo dejado atrás. En contraste, la administración ibérica en América fue caracterizada por el envío de *hombres* al nuevo mundo. El hombre soltero, en la mina o en la plantación, y pronto ansioso de echar raíces propias, cambió el rostro de la América meridional. Nació el mestizaje, ausente en muchos otros tipos de colonización no ibéricos.

El mestizaje tuvo varias consecuencias. En primer lugar complejizó el panorama racial en América Latina. Además, la pobreza imperante en España y Portugal expulsaría a las Américas, no solo a elegantes administradores peninsulares y hombres de la fe, sino a todo su superávit poblacional, esencialmente “hombres blancos pobres” como lo fueron en su debido momento, soldados de fortuna, artesanos y mercaderes en busca de una nueva vida, que colmaron en particular la cuenca caribeña, Brasil y las riberas del Río de la Plata; así como a perseguidos políticos o religiosos, como las abundantes cantidades de judíos sefarditas convertidos, que rehicieron su vida, por ejemplo en México. Por

consiguiente, para el sujeto latinoamericano, indio, negro, mestizo, y “algo blanco”, sería más difícil identificar en la figura de los criollos terratenientes, un otro, claramente identificado en términos raciales, un enemigo por lo tanto foráneo, que había que expulsar o por lo menos derrocar, como sí sucedió en los demás procesos de descolonización del siglo XX.

El mestizaje posó una segunda dificultad, particularmente problemática a nivel identitario, y mucho más relevante para nuestros propósitos. El mestizaje y la mulatización llegaron a permear a tal punto la síntesis racial de las sociedades latinoamericanas, incluyendo a muchas capas de la sociedad criolla, que deslegitimó y vulnerizó la adopción, por parte de las élites, de una confiada identidad occidental blanca. Un contrato social más o menos viable, aún siendo injusto y explotadoras, tiene que basarse en un cierto consenso. Un consenso que no reivindicara en el contexto de América Latina el más mínimo elemento genético indígena o africano era evidentemente problemático.

Se puede por supuesto argumentar que todas las identidades son problemáticas, que ninguna es resuelta. ¿Existe una identidad nacional estadounidense? Si existe, es también altamente jerárquica y fragmentada. Pero Estados Unidos, en contraste con América Latina, logró resolver hegemonías identitarias de forma más convincente. Acabó con las poblaciones indígenas a través de un genocidio centenario. Para finales del siglo XIX, todas las tierras indias ancestrales habían sido expropiadas e incluidas en el proyecto productivo del sistema-mundo capitalista occidental; un proceso que, con la excepción de La Patagonia argentina y varias islas del Caribe, no se dio en muchos rincones de América Latina. En los Estados Unidos, los criollos netamente blancos, anglosajones y protestantes, siempre fueron mayoritarios. Al contrario de Cuba, Brasil y otros países de la Cuenca del Caribe, en los Estados Unidos, la población afrodescendiente nunca llegó a representar un porcentaje mayor al 13 por ciento. Asimismo, el modelo de desarrollo norteamericano basado en el *settler capitalism*, evitó el mestizaje. Al evitarlo, se creó por lo tanto una clara hegemonía europea en el patrón de construcción del estado-nación estadounidense; una hegemonía que no tuvo que buscar compromisos con sus raíces ancestrales o mirarse al espejo y explicar su mezcla racial en términos identitarios inseguros o esquizofrénicos.

Resulta claro que las identidades nacionales no se plasman en el momento fundacional para nunca más evolucionar. Como decía Ernest Renan, “la nación es un plebiscito diario”.¹⁰ Con el tiempo por lo tanto, y con particular insistencia en las primeras décadas del siglo XX, los mestizos latinoamericanos intentaron imprimir a sus naciones rasgos más representativos, lo que implicaba, en algunos casos, añadir identidades indígenas a los símbolos blanco-criollos originales de las instituciones del estado y a los demás imaginarios nacionales. De hecho, ciertos esfuerzos de apelo a una identidad distinta a la estrictamente occidental tuvieron mucho éxito, en particular en las tres primeras

¹⁰ Ernest Renan, “Qu'est-ce qu'une nation?” (Conferencia dada en la Sorbona, París, 11 de marzo de 1882). No todos los estudiosos de la nación aceptan esta idea de una nación socialmente construida de la nada. Anthony Smith, frecuentemente acusado de ser un “primordialista”, considera a las raíces étnicas de la nación son como un ombligo real que le da sustento duradero a la nación; ver Smith (2008) *The Cultural Foundations of Nations, Hierarchy, Covenant and Republic*, (Blackwell Publishing, Oxford, UK), y Smith (1992) “Ethnic Identity and Territorial Nationalism in Comparative Perspective” in Alexander J. Motyl, ed., *Thinking Theoretically about Soviet Nationalities* (New York: Columbia University Press), pp. 47-48.

décadas del siglo pasado. En México, el proceso iniciado por el mestizo Benito Juárez a mediados del siglo XIX, que culminó con la gran revolución de 1911-1919 es quizás el ejemplo más claro de mestización identitaria en la América Latina de entonces. En los Andes y en Brasil, la profesionalización “mestizante” de las Fuerzas Armadas y los procesos “populistas clásicos” que invocaron identidades inequívocamente subalternas, cambiaron radicalmente el papel del mestizo en el estado-nación.¹¹ En varios países de América Latina, se erigieron durante esta época símbolos que ofrecían una alternativa propia a las identidades occidentales privilegiadas hasta ese momento. Estatuas de Hatuey, Rumiñahui o Cuauhtémoc entre otros líderes indígenas caídos durante la conquista, empezaron a enarbolar a plazas de ciudades y pueblos, para remplazar a conquistadores ibéricos y unirse a libertadores criollos. El proceso de mestización, que nace con Martí y culmina con Mariategu, cambió radicalmente al rostro de la nación latinoamericana.

Esta identidad mestiza, sin embargo, trajo nuevos problemas. Los intentos para incorporar esta nueva simbología romantizada a la identidad nacional, tuvieron que convivir junto a la persistente idea de “superioridad” de occidente. Lo propio siguió siendo periférico, es decir un reflejo del estatus subalterno de las mismas poblaciones no-occidentales en el estado-nación latinoamericano, y un símbolo de atraso primitivo frente al auge de la modernidad occidental. En vez de lograr una identidad sincrética o híbrida que recogiera elementos de cada ingrediente cultural añadido, el estado-nación latinoamericano siguió alentando una identidad fragmentada, sin lograr plasmar un consenso hegemónico gramsciano, para cohesionar a la sociedad.

El consenso hegemónico se plasmó evidentemente mediante la aceptación desde los sectores subalternos de la superioridad del occidente. La eugenesia social, por ende, no fue exclusivamente fomentada por las clases dominantes. El “blanqueamiento” racial, por ejemplo, siguió siendo una aspiración muy fuerte y el pan cotidiano de países como Brasil, cuyas élites no obstante siguen vanagloriándose de la existencia de un multiculturalismo y multiracialismo brasileño; República Dominicana, siempre tan preocupada por demarcarse de la negritud de la vecina Haití, un esfuerzo particularmente bien ilustrado por los esfuerzos de blanqueamiento – mediante abundantes aplicaciones de talco – del “Benefactor” Rafael Trujillo; y Cuba, en donde el “blanqueamiento” (para “mejorar la raza”) permanece impregnado en la idea del ascenso social individual, incluso después del triunfo de la revolución. En América Latina, lo “bonito” sigue siendo lo rubio y lo caucásico. Basta observar las representaciones mediáticas de la “familia ideal”, por ejemplo en la publicidad comercial del siglo XXI, para comprender que este fenómeno sigue aún muy vigente.

No se trata por supuesto de negar las fuertes reivindicaciones de las raíces africanas de grandes sectores de la población en Brasil, Cuba o República Dominicana. Es evidente que los cultos, las estéticas y las expresiones artísticas afro-cubanas y afro-brasileñas han logrado insertarse en las construcciones identitarias incluso de muchos blanco-

¹¹ Los problemas de definición del “populismo” siguen abundando en las ciencias sociales. A mi juicio, el mejor enfrentamiento teórico a la problemática populista sigue siendo el tratamiento que le ha dado Ernesto Laclau, en particular en su libro *On Populist Reason* (London, Verso, 2005), en donde insiste sobre una definición discursiva. Aquí uso el término “populismo clásicos”, para referirme a los procesos políticos que dieron luz a un mayor nacionalismo y estatismo en la época de oro del nacional-desarrollismo del siglo XX en América Latina.

mestizos. En algunos casos, los máximos representantes de las raíces africanas de la sociedad, (el ejemplo de músicos populares es particularmente destacable), han tenido un color de piel muy poco oscuro. Y basta atender una ceremonia de santería en varios países de América Latina, para darse cuenta que allí están presentes muchos individuos con poco bagaje genético del pueblo yoruba. Sin embargo, también es menester recordar que lo no-occidental ha sido más permitido, cuando percibido como inocuo,¹² en expresiones culturales y religiosas que en los símbolos de la autoridad del estado, su estructura, instituciones y el modelo político, económico y administrativo adoptado. En Cuba, donde han sido notorios los esfuerzos para mayor inclusión racial en las últimas décadas, y en donde la población negra tiene menos tendencia a emigrar de la isla que la población blanca-mestiza, no obstante, la abrumadora mayoría de los líderes políticos sigue siendo blanca. En general, las visiones de progreso de los latinoamericanos, en particular de sus élites, tal como el pseudo-cientificismo del creciente positivismo *comteano* de finales del siglo XIX, el masculino desarrollismo de estado de las décadas del tercer cuarto del siglo XX, o el pseudo-tecnicismo de las políticas de libre mercado de finales del siglo XX, se acoplaron a las visiones hegemónicas de la visión de modernidad del “universalismo europeo”. El conocimiento, el poder y el liderazgo sigue siendo, en América Latina, cosa de hombres blancos.

Sin duda, el argumento que enfatiza la exclusiva postcolonialidad de los estados-nación peca de demasiado simplista. Es evidente, que no todo en América Latina resulta ser un remedo de Londres, París o Nueva York. Hablemos entonces de élites criollas, miembros de esa clase capitalista transnacional, cada vez más adoctrinadas mediante visiones occidentales de la modernidad y del progreso, en algunos casos alentadas por una educación en el extranjero, primero en París y Londres, luego en Pittsburg, Princeton o Georgetown; sin perder de vista que se tratan de élites latinoamericanas que siguen respaldando al equipo de fútbol de su país de origen y prefiriendo – por encima de cualquier otro manjar culinario – al plato típico de su lugar de nacimiento.

Los criollos por lo tanto, también han sido *criollos*. Nadie, menos aún un caudaloso propietario de tierras, puede negarse a querer la finca donde nació. Los valles, las llanuras y las montañas donde el hombre crece son un poderoso factor identitario, y de esta realidad no escapan ni los máximos representantes de las clases transnacionales. Es así que los criollos inevitablemente añadieron a los símbolos griego-romanos de la ilustración revolucionaria y a los emblemas judeocristianos del pasado colonial, los máximos símbolos de la tierra que los vio nacer: el cóndor, el quetzal, el águila sobre el nopal; llamas y vicuñas; hojas de coca y palmas reales; ríos, montañas y volcanes; el sol siempre radiante. Con la era liberal de finales del siglo XIX, se empezaron a añadir aún más símbolos propios. Al llegar la república a Brasil, la corona imperial de los borbones fue remplazada por el crucifijo estelar del *cruzeiro do sul*.

¹² Esto no siempre fue el caso, ya que múltiples expresiones religiosas subalternas fueron reprimidas por dar luz a congregaciones populares potencialmente peligrosas. En Cuba, los esclavos “tumbadores” de árboles que recogían leña para alimentar las calderas de las refinerías azucareras, también aprovecharon estos espacios de escape para volverse “tumbadores” musicales en ceremonias religiosas clandestinas; lo que era inevitablemente visto como un peligro y perseguido por las autoridades criollas de la isla. El Vudú en Haití y Venezuela, y el culto a María Lionza en Venezuela, la macumba y, de manera sensiblemente diferente, la capoeira en Brasil, así como el movimiento rastafari en Jamaica, fueron o bien directamente reprimidos por el estado, o al menos combatidos desde el púlpito, en un intento de sofocación de “herejías paganas” por parte de las autoridades eclesiásticas.

Lo importante, sin embargo, es entender que la racionalidad que tradujo al lenguaje identitario todos estos elementos nativos fue una racionalidad occidental. La constelación del *cruzeiro do sul* respondió entonces a la representación positivista de las estrellas que guiaron al viajero y científico italiano, Amérigo Vespucio, en buques ibéricos dedicados a la conquista. No se volvió un símbolo de la sapiencia astronómica de indígenas precolombinos. Lo propio fue entonces vanagloriado como una señal de diferenciación identitaria en relación al antiguo continente, pero fue entendido y representado en términos estrictamente occidentales.

Las naciones latinoamericanas por lo tanto existen. Pero a pesar de miradas momentáneas, esquivas y superficiales hacia adentro, los latinoamericanos han enfrentado graves obstáculos a la hora de consolidar sus identidades. En vez de construir fluidas identidades mestizas, sincréticas e híbridas, es decir de inconmensurable riqueza cultural, intelectual y metafísica, han dado luz a identidades jerarquizadas, sectarias y esquizofrénicas, es decir profundamente irresueltas.¹³

3. Un estado retraído.

Si la nación latinoamericana ha padecido los síntomas aquí descritos, los problemas que ha encarado el estado han sido aún más delicados. De hecho, algunos países latinoamericanos con dificultades de soberanía weberiana, es decir con graves problemas de control real sobre territorio y costumbres, como Colombia y México, padecen hoy de una crisis de autoridad del estado, pero no necesariamente de cuestionamientos a la existencia de “la nación” *per se*. Con la excepción de reivindicaciones nacionales o subnacionales cada vez más importantes, la nacionalidad formal (argentina, colombiana o guatemalteca), aún siendo problemática, sigue siendo perceptible. El estado, más concreto en su manifestación cotidiana, sigue siendo, al contrario, frecuentemente ausente.

Para ubicar la crisis del estado latinoamericano, me referiré aquí a los principales obstáculos que ha enfrentado América Latina para construir *estados capitalistas modernos*. No entra en mi análisis los problemas de construcción de otros modelos estatales; ni los modelos socialistas, ni los modelos milenarios, como el recurrente anhelo de recrear el Tahuantinsuyo por parte de facciones etnocaceristas (en Perú) o seguidores del “Mallku” boliviano. En consecuencia, compararé la construcción del estado latinoamericano con la construcción del estado en el centro del sistema-mundo, ejercicio que a su vez nos permite entender el fracaso de la reproducción de un modelo, y la paradoja de élites admiradores de la modernidad europea, pero que en el momento

¹³ Existe una amplia literatura sobre identidades en entredicho producto de la occidentalización. Edward Said, en *Orientalism* (Vintage Books, 1979) y *Culture and Imperialism* (Vintage Books, 1994), se enfoca sobre todo en la visión y el esfuerzo de los “occidentales” en este proceso, así como en la resistencia o la oposición de los sujetos colonizados a esta occidentalización. Aquí, me he enfocado principalmente en la acquiescencia de los sujetos colonizados frente a la hegemonía occidental en América Latina, sin negar la existencia de fuerzas endógenas que han intentado, a veces con cierto éxito, contrarrestar este proceso. Un clásico de esta visión occidentalizadora en el mundo periférico es el libro de Frantz Fanon, *Peau noires, masques blancs* (Paris, Editions du Seuil, 1952), en el cual Fanon insiste sobre la necesidad de escapar de los complejos de inferioridad que el coloniaje produce. Me sumo por supuesto a esta exhortación.

de erigir su estado, recurren a medidas diametralmente opuestas a las adoptadas por los estados industrializados.

En América Latina, y en gran parte de la periferia del sistema-mundo, se ignoró en particular los dos grandes pilares de la construcción del estado europeo: centralización y homogeneización. Esta omisión, tanto activa como pasiva, se debió, a mi juicio, a tres factores fundamentales: (i) el surgimiento de hegemonías políticas irresueltas a través de conflictos internos debilitantes; (ii) la perduración de una *pax latinoamericana* interestatal, que tampoco logró asentar patrones de cooperación entre vecinos, que favoreció la continuación del estatus quo; y (iii) el rol de América Latina en la división internacional del trabajo.

3.1 *Empate hegemónico*

En términos normativos, el estado-nación capitalista europeo empezó a gestarse mediante los Tratados de Ausburgo (1588) y de Westfalia (1648)¹⁴ que establecieron una nueva visión de soberanía, restando poder a la iglesia en particular, y regulando el ámbito inter o trans-estatal más que doméstico; un proceso que dio luz durante el “largo siglo XVI” (1500-1640) a lo que Wallerstein llamaría el sistema-mundo capitalista.¹⁵

Si el primer paso fue el afianzamiento de un ordenamiento internacional, el segundo conllevó la consolidación *doméstica* de la supremacía del estado-nación capitalista. El ingrediente decisivo para este afianzamiento doméstico fue la centralización y estandarización de un proyecto cultural, social y político único. En Europa, este proceso se dio a través de la homogeneización lingüística, cultural y administrativa de la “comunidad imaginada”,¹⁶ que recobró fuerza a partir de la “edad de las revoluciones” de 1789-1848, y de nuevo durante los procesos alemanes (1871) e italianos (1861-1870) que nacieron alrededor del estado prusiano de los Hohenzollern y de la Casa de Saboya. El resultado, en Europa, fue que entidades políticas previamente descentralizadas (Venecia, Génova, Nápoles) se adhirieron a un estado centralizado con un centro político (Roma), y que identidades locales (las identidades bretonas, gascones y provenzales), así como los idiomas regionales (las *langues d’oc* y *d’oil*), fueran remplazadas por identidades e idiomas nacionales (la francesa y el francés de imprenta).

En América Latina, este proceso quedó trunco. El afianzamiento de una memoria colectiva que glorifica la nación heroica, se basó en las gestas independentistas que hoy celebramos todos. Pero el origen “foráneo” de muchos proyectos libertadores, (el origen caraqueño y platino de los libertadores de los Andes), crearon un antecedente problemático para el afianzamiento de identidades nacionales a la hora de la partición de los proyectos gran-nacionales, tanto en los Andes como en Centroamérica. Esto no

¹⁴ Se suele insistir sobre el tratado de Westfalia, por haber dado luz al sistema westfaliano. Stephen Krasner, sin embargo, insiste sobre la mayor importancia del Tratado de Ausburgo en la configuración del nuevo mundo de estados soberanos; ver Krasner (1995), “Compromising Westphalia”, *International Security*, Vol. 20, No. 3. (Winter, 1995-1996), p. 28.

¹⁵ Immanuel Wallerstein (1974), *The Modern World-System, Vol. I: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*. (New York: [Academic Press](#)).

¹⁶ Este es título del célebre libro de Benedict Anderson: *Imagined Communities*

hubiese sido tan grave, si lograda la independencia, los nuevos estados-nación latinoamericanos no se hubiesen hundido en largos conflictos intestinales, en donde el heroísmo de los unos se contraponía a la vileza de los otros, por lo que erigir monumentos a la gloria de un bando no podía sino resaltar el papel nefasto del enemigo; un cuadro apenas propicio para dar cabida al mito de la hermandad nacional.

A lo largo del siglo XIX, el estado-nación latinoamericano fue el escenario de un brutal enfrentamiento entre élites rivales frecuentemente ancladas a sistemas productivos locales. El resultado fue un creciente combate entre terratenientes vinculados a diferentes modalidades económicas de acumulación de capital, a diferentes apellidos, y a diferentes partidos políticos creados para defender intereses puntuales, y por ende también a diferentes regiones y ciudades. Río de Janeiro se enfrentó a São Paulo; Quito a Guayaquil; Granada a León; La Paz a Santa Cruz; ciudades que se tornaron verdaderas expresiones de esta división y polarización. Guerras civiles sangrientas, en lo esencial oponiendo liberales (radicales, colorados, etc.) a conservadores (blancos, nacionalistas, etc.), o “federalistas” a “unitarios”, inflamaron al subcontinente.

Sabemos que la guerra civil no es un obstáculo *per se* a la construcción del estado-nación moderno. Guerras civiles, incluso violentas, pero resueltas, pueden jugar un papel crucial para el propósito de establecer un orden político único y centralizador.¹⁷ Su gran ventaja, desde el punto de vista del historiador más que desde la perspectiva del ser humano que es su testigo, es que puede imponer de manera contundente nuevas hegemonías que antes quedaban en el limbo. Estados Unidos resolvió el diferendo entre dos regiones y entre dos modelos de producción antagónicos, mediante una corta, sangrienta, pero eficiente guerra civil (1860-1865), logrando que se impusiera la hegemonía de un norte industrial de mano de obra libre, por encima de un sur de las plantaciones arcaico y anclado en un capitalismo pre-moderno. El peor escenario, no obstante, es el conflicto interno de mediana intensidad, que no acaba de resolverse, a la vez que mina la autoridad del estado; el escenario más recurrente en el contexto latinoamericano.¹⁸

Al prosperar un nefasto estatus quo basado en la guerra civil constante, primó un cierto equilibrio del poder en América Latina, que a su vez dio origen a un estado dominado por “señores de la guerra” que entretuvieron la fragmentación como una manera de ejercer control sobre fortines locales.¹⁹ El coronelismo regional se impuso. Reductos particulares empezaron a gozar de cierta soberanía en desmedro de la autoridad del estado central, lo que impidió la homogeneización de un orden político-legal. Milicias liberales, al decir de sus opositores “blasfemas y masones”, se enfrentaron durante décadas a milicias conservadoras, “godas y curuchupas”, en conflictos irresueltos que trascendieron generación tras generación, prohibiendo, hasta bien entrado el siglo XX, la profesionalización de ejércitos exclusivamente al servicio del estado-nación.

En muchos casos, el conflicto entre liberales y conservadores solo se zanjó al surgir un enemigo interno peligroso para ambos bandos oligárquicos, que amenazaba generalmente a las mismas fundaciones del fragmentado estado oligárquico. Este papel

¹⁷ Charles Tilly, *War Making and State Making as Organized Crime*, p. 173.

¹⁸ Sobre este punto, ver también Mohammed Ayoob (2002), *Inequality and Theorizing in International Relations: The Case for Subaltern Realism*, *International Studies Review*, Vol. 4, No. 3 (Autumn), pp. 27-48.

¹⁹ Ver Kalevi J. Holsti (1996) *The State, War and the State of War* (New York: Cambridge University Press), p. 152.

lo cumplieron en primera instancia – con mayor o menor poder espantadizo – algunos caudillos liberales radicales (Ezequiel Zamora, Eloy Alfaro, Emiliano Zapata, César Augusto Sandino), a la cabeza de montoneras o ejércitos de campesinos amenazantes desde la perspectiva del liberalismo terrateniente más tradicional. En muchos casos, sin embargo, fue solamente cuando llegó el fantasma del socialismo, sobre todo en el contexto internacional de la Guerra Fría, que liberales y conservadores lograron arbitrar sus diferencias. El Pacto Nacional en Colombia de 1958 ilustra bien este fenómeno.

Algo similar pasó con las revoluciones. En primer lugar, decenas de “revoluciones” no fueron – ni usando definiciones procedimentales (¿cómo se dieron?), ni transformacionales (¿qué resultados conllevaron?) – verdaderos procesos revolucionarios. En América Latina, muchas mal llamadas revoluciones fueron en realidad levantamientos urbanos, frecuentemente de la clase media, que dieron origen a importantes transiciones políticas (Cuba, 1930; Brasil, 1930; Argentina, 1943; Guatemala, 1944; Ecuador, 1925, 1944; Venezuela, 1948, etc.), pero sin dar lugar a cambios transformacionales radicales en cuanto a las estructuras del poder. Además, de los cuatro procesos que la historiografía resalta como verdaderamente revolucionarios (México, 1911; Bolivia, 1952; Cuba, 1959; Nicaragua, 1979), sólo la Revolución Mexicana fue realmente violenta. La revolución boliviana, cubana y nicaragüense, fueron sorprendentemente inocuas en términos de violencia, ciertamente en comparación con revoluciones en otras partes del mundo. Asimismo, solo la Revolución Mexicana y la Revolución Cubana lograron institucionalizarse a lo largo de varias décadas.²⁰ De éstas, solamente el proceso cubano engendró cambios políticos, sociales y culturales que un proceso histórico gradual no-revolucionario difícilmente hubiese podido germinar; pues con la excepción de las radicalizaciones momentáneas de 1920-1928 y de 1934-1938, la Revolución Mexicana se enrumbó paulatinamente hacia un estado capitalista corporativista, modelo al cual otros estados latinoamericanos, en particular Brasil y Argentina, sin pasar por revoluciones violentas, se aproximaron mediante procesos populistas y corporatistas clásicos. Sin obviar que la mayoría de las revoluciones suelen estabilizarse en procesos *termidorianos* inevitablemente conservadores, cabe recalcar que los procesos revolucionarios latinoamericanos han sido particularmente tímidos y han tenido poca capacidad de institucionalización a largo plazo.

En América Latina, esta dificultad para imponer hegemonías políticas, ha resultado en una alta *inestabilidad política institucional*, que paradójicamente, no siempre ha resultado en una suerte de *inestabilidad política estructural*.²¹ Esto significa que la desviación en los patrones de comportamiento político ha sido tan recurrente en América Latina, que se ha vuelto – lo que Claude Ake llamó – una “desviación adaptativa”, es decir una desviación que “se vuelve legítima, modifica el sistema de intercambios políticos y las reglas del sistema político para que la próxima vez que ocurra, ya no sea considerada como irregular, sino como un patrón regular de intercambio político”.²² Esto quiere decir que golpes de estado y cambios frecuentes en el ejecutivo de muchos estados latinoamericanos, en sus versiones menos represivas,

²⁰ Ver en particular Alan Knight (1990), *Social Revolutions: A Latin American Perspective*, Bulletin of Latin American Research, Vol. 9, No. 2; pp. 175-202.

²¹ Sobre esta diferencia ver Guillaume Long y Danilo Iglioni (2007) *Does Stability Matter? The Economic Impact of Political Unrest in Ecuador* en Philip Arretis y Malcolm Sawyer, *The Political Economy of Latin America (International Papers on Political Economy, Polgrave Macmillan)*; pp. 195-233.

²² Claude Ake (1975) “A Definition of Political Stability”, *Comparative Politics*, Vol. 7, No. 2, pp. 271-283, p. 276.

carecieron a menudo de impacto significativo sobre el diario vivir de la población.²³ Si el estado central es débil y poco ingerente, es lógico que lo que pase a su cabeza tenga un impacto reducido sobre los actores que lo conforman.

3.2 La pax latinoamericana y el proyecto estatal.

La guerra *interestatal* a gran escala trae por supuesto dolor, muerte, además de un alto costo económico. Sin embargo las guerras interestatales de mayor envergadura también suelen conducir a la movilización de ejércitos de conscriptos, lo que a su vez implica que el estado intente reclutar a hombres jóvenes de las periferias más inaccesibles del territorio nacional; un proceso inevitablemente centralizador. El incremento del tributo, que inevitablemente exigen las arcas del estado en tiempos de guerra interestatal, también es un factor centralizador, ya que los recolectores de impuestos deben redoblar sus esfuerzos para que amplios sectores previamente excluidos del proyecto estatal asuman sus “obligaciones” impositivas, reconociendo así de forma explícita a la autoridad del estado.²⁴ La guerra además cohesiona a la nación, y independientemente de si se gana o pierde, fortalece los lazos emocionales de la comunidad imaginada, con sus héroes, mártires y soldados caídos, que son la materia prima esencial para la edificación de una memoria colectiva que alabe la odisea mística y sacrificada del pueblo en pro del estado-nación.²⁵

La América Latina republicana, no obstante, ha carecido notoriamente de guerras interestatales, y, lo que es aún más importante, las guerras que sí se han librado, han sido de limitado alcance bélico. Hay una notable excepción. Se trata de la Guerra de la Triple Alianza (1864-1870), la única “guerra total” latinoamericana, que con un total de cerca de un millón de fallecidos, resultó en la muerte de casi dos tercios de la población paraguaya. Ni la Guerra del Pacífico, entre Perú, Bolivia y Chile (1879-1884), ni la Guerra del Chaco, entre Bolivia y Paraguay (1932-1935), que fueron guerras con un cierto nivel de beligerancia, pueden compararse ni en escala ni en mortandad. Las demás guerras interestatales entre estados latinoamericanos fueron aún más exiguas, frecuentemente limitadas a zonas fronterizas problemáticas en zonas generalmente periféricas del territorio, y en las cuales, los estados involucrados se rehusaron a dar paso a un costoso desenlace más decisivo. Las guerras centroamericanas de 1885, 1906, 1907 y 1969, y andino-amazónicas de 1932-33, 1941, 1981, 1995, por ejemplo, no alcanzaron la arbitraria cifra de los mil muertos, fijada por Singer y Small para definir lo que constituye o no una guerra.²⁶

Todos los demás conflictos militares interestatales en América Latina no fueron entre estados latinoamericanos, sino la consecuencia de invasiones por parte de países

²³ Existen claras excepciones a esta regla. El golpe de estado de Ríos Montt de 1982 tuvo consecuencias dramáticas sobre gran parte de la población guatemalteca. Lo mismo es cierto del golpe de estado de 1976 en Argentina.

²⁴ Tilly, “War Making and State Making as Organized Crime”.

²⁵ Ver en particular Miguel Ángel Centeno (2002), *Blood and Debt: War and the Nation-State in Latin America* (The Pennsylvania State University Press), en especial el capítulo 4.

²⁶ Para una lista completa de los conflictos civiles e interestatales en la época republicana, ver Centeno, *Blood and Debt* p. 44-46. La diferencia entre la cantidad de guerras civiles y la cantidad de guerras interestatales es notable. Para la definición de lo que constituye una guerra, ver David J. Singer and Melvin Small (1982), *Resort to Arms*, (California: Sage Publications).

industrializados del norte (o mediante mercenarios interpuestos); las mismas que tuvieron lugar exclusivamente en México, Centroamérica y las islas del Caribe, ya que ningún país suramericano ha sido invadido en la época republicana. Pocas invasiones externas, sin embargo, fueron repelidas exitosamente. La retirada francesa de México (1862-1867), el fallido intento de recolonización por parte de España (1865-1866), y el agotamiento estadounidense en Nicaragua (1927-1932) son quizás las únicas excepciones a esta regla. Mas la abrumadora mayoría de retiradas de las potencias del norte, en particular de los marinos norteamericanos de México, Cuba, Nicaragua, Haití, República Dominicana y Panamá, se dieron mediante pactos, acuerdos o capitulaciones latinoamericanas, una vez obtenidos los objetivos fijados por los invasores.

América Latina, tampoco ha jugado un papel militar importante fuera de su subcontinente. Exceptuando las modestas participaciones de contingentes suramericanos en la Segunda Guerra Mundial, el único país en haber participado en guerras más allá del hemisferio occidental, sigue siendo Cuba, cuya participación en conflictos bélicos en Asia menor y en África en particular, constituyen un caso *sui generis*, no solo en el contexto latinoamericano, sino para la periferia en general.²⁷

3.3 La falta de integración.

Lo que revela esta *pax latinoamericana* es en realidad el relativo aislamiento del estado-nación latinoamericano en relación con sus vecinos inmediatos. Por un lado, este recogimiento latinoamericano se ha expresado mediante la falta de guerras interestatales, por otro lado, por su efecto contrario: poca amistad y poco ánimo integracionista.

Una buena medición del grado de fortaleza e ingerencia del estado, nos la ofrece Barry Buzan con su teoría sobre el “complejo de seguridad regional”. Para Buzan, se puede hablar de un complejo de seguridad regional si los estados de una misma región son lo suficientemente fuertes para amenazarse los unos a los otros, y por lo tanto, también para procurar ciertas alianzas entre sí.²⁸ Al contrario, si los estados se preocupan exclusivamente por “perspectivas de seguridad dirigidas hacia lo doméstico”, no podemos hablar de un complejo de seguridad regional. Otro factor que imposibilita la existencia de un complejo de seguridad es la presencia de “*overlay*”, una suerte de “superposición” o “yuxtaposición” que ocurre “cuando la presencia directa de potencias externas en una región es lo suficientemente fuerte que sofoca la operación normal de las dinámicas de seguridad entre los estados de una misma región”.²⁹ En América, el caso más claro de *overlay* fue por lo tanto la época colonial, que impidió el desenlace de guerras entre diferentes facciones o estados precolombinos. Aún si reconocemos la fuerte interferencia de los Estados Unidos en América del Sur, en particular durante el siglo XX, no ha sido lo suficientemente omnipresente para sofocar del todo las

²⁷ Sobre las intervenciones militares de Cuba ver Jorge I. Domínguez (1989), *To Make a World Safe for Revolution* (Centre for International Affairs, Harvard University); Carmelo Mesa Lago and June S. Belkin (1982), *Cuba in Africa* (Center for Latin American Studies, University of Pittsburgh).

²⁸ Barry Buzan (1983), *People, States and Fear: The National Security Problem in International Relations* (Wheatsheaf Books, University of Michigan), ver el capítulo 5, y p. 193.

²⁹ Buzan, *People, States and Fear*, pp. 197-198.

preocupaciones de seguridad de los países suramericanos en cuanto a sus vecinos; por lo que Buzan se atreve a hablar de un complejo de seguridad regional suramericano.

Buzan, sin embargo, se rehúsa a hablar de un equivalente complejo de seguridad centroamericano, ya que el *overlay* ejercido por potencias externas ha sido demasiado fuerte para permitir el desarrollo normal de relaciones de seguridad entre los países de la región. La diferencia que marca Buzan entre Centro y Suramérica es quizás demasiado arbitraria y pasa por encima de muchas sutilezas históricas. No obstante, lo interesante de las categorías de Buzan es que nos hacen reflexionar sobre niveles relativos de *overlay* y de soberanía en América Latina, como reflejo de la fuerza o debilidad estatal de los estados latinoamericanos. Vemos, por consiguiente, a lo largo de la historia de América Latina, estados – en particular suramericanos – lo suficientemente fuertes y autónomos para enfrentarse en guerras y para dar lugar a balances de poder a nivel regional y subregional. Pero vemos también estados demasiado débiles para enfrentarse de forma “total”; estados que se rehúsan a dar paso a un cierto darwinismo bélico; y estados cuya mayoría de conflictos siguen siendo, hasta la fecha, conflictos domésticos, civiles o insurgentes, es decir de acuerdo a Buzan “perspectivas de seguridad dirigidas hacia lo doméstico”.

Al mismo tiempo, una naturaleza frecuentemente lujuriente pero también hostil a la permeación humana, ha hecho aún más difícil la integración e intercomunicación entre vecinos. Los nevados de los Andes y las densas junglas de la cuenca amazónica y del istmo centroamericano dificultaron, hasta el día de hoy, la interacción entre estados-vecinos; por lo que ni la guerra, ni el comercio pudieron prosperar. En los Andes, estados como Colombia, Ecuador, Perú y Chile empezaron a tener igual o mayor vínculo con países industrializados (primero Inglaterra, luego Estados Unidos) que con sus propios vecinos. Cuando se dieron, las relaciones con los vecinos se caracterizaron por involucrar de manera triangular a las potencias del centro industrializado. De esa manera casi todas las guerras interestatales latinoamericanas fueron influenciadas y por lo tanto autorizadas y hasta amparadas por los intereses de Francia, Inglaterra o Estados Unidos; un escenario particularmente relevante en la Guerra de la Triple Alianza y en la Guerra del Pacífico. Por lo contrario, guerras que no recibieron el visto bueno de las potencias del centro, tuvieron un desenlace inconcluso, como por ejemplo la guerra entre Ecuador y Perú de 1941 que incomodaba a Estados Unidos en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, y la “Guerra del Fútbol” entre El Salvador y Honduras (1969), también un irritante en el contexto de la búsqueda de homogeneidad inter-americana en el contexto de la Guerra Fría.

En la costa atlántica, potencias medianas como Brasil y Argentina lograron que ciertos estados vecinos se vuelvan satélites. Domínguez sin duda acierta cuando argumenta que Paraguay “ha respondido históricamente al centro de su subsistema (Argentina [y hoy Brasil]) mas que al centro internacional”, europeo o norteamericano.³⁰ Pero con la notable excepción de Paraguay, y hasta cierta medida Uruguay y Bolivia, la mayoría de los países latinoamericanos y del caribe siguieron fundamentalmente incluidos en la

³⁰ Jorge I. Domínguez (1971), “Mice That Do Not Roar: Some Aspects of International Politics in the World’s Peripheries. *International Organization*, Vol. 25, No. 2 (Spring), p. 201, la cursiva es mía.

esfera política-económica de potencias extrarregionales: en especial Inglaterra y Estados Unidos, pero también, en menor medida, Francia, Alemania y la Unión Soviética.

De igual manera, los lazos existentes entre los subsistemas orientales y occidentales suramericanos fueron muy frágiles, en parte, debido a importantes obstáculos geográficos como lo son los Andes y la cuenca amazónica, y por ende a la ausencia de rutas para el transporte. En el siglo XX, algunos vínculos fueron establecidos mediante un eje de interconectividad andino-cisplatino marcado tanto por el conflicto, por ejemplo entre Bolivia y Paraguay, como por un incremento del comercio. Pero, en regla general América Latina se siguió caracterizando por una notoria falta de capacidad integracionista, sobre todo entre las riberas de los dos grandes océanos, por lo que fue mucho más fácil que Estados Unidos ejerza liderazgo, en particular a través del establecimiento de un sistema interamericano controlado desde Washington a partir de 1948. Argentina, durante el liderazgo de Perón, y Brasil durante los liderazgos de Quadros y Goulart, también intentaron ejercer cierto liderazgo pero con resultados o totalmente frustrados o francamente decepcionantes. Un renovado liderazgo brasileño en el siglo XXI, aunque mucho más prometedor, se enfrenta no obstante a la persistente precariedad del sistema de comunicación, en particular entre Brasil y la región andina; un aspecto que los incipientes “ejes multimodales” Manta-Manaus y Callao-Porto Velho, o incluso las buenas intenciones de La Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional de Suramericana Sur (IIRSA), no logran aún superar.

4. La matriz productiva.

4.1 El aperturismo anti-estado

Esta persistente descentralización, *pax latinoamericana* interestatal, debilidad vial, comunicacional y comercial-integracionista, acentuada por una geografía lujuriente pero inhóspita, se sumaron además al rol – y en algunos casos fueron consecuencia directa del papel – que cumple América Latina en la división internacional del trabajo.

América Latina se había perfilado desde los primeros tiempos de la colonia como un apéndice periférico minero-extractivista y agro-primario-exportador en el nuevo sistema-mundo. La exportación de materias primas se volvió *la* especialización latinoamericana, por encima de cualquier otra región del mundo, y un verdadero leitmotiv económico que trascendería la experiencia colonial.

No obstante, las guerras de independencia, el caos socio-económico subsiguiente y la victoria de las fuerzas criollas más conservadoras en la lucha por el poder, hicieron que América Latina se replegara hacia modelos productivos más tradicionales durante las “tres décadas perdidas”, inmediatamente posteriores a la emancipación política.³¹ A partir de 1850 y 1860, sin embargo, América Latina volvió a asumir su histórico rol en la

³¹ Sin duda, este retraimiento también tuvo que ver con una economía capitalista del centro que se recomponía hacia dentro. Lo grandes cambios en el surgimiento de la burguesía doméstica como la clase capitalista por excelencia en Europa, favorecieron en relativo aislamiento de América Latina. Sobre este período en la economía mundial, ver Eric Hobsbawm (1975) *The Age of Capital, 1848-1875* (New York, Random House).

división internacional del trabajo. Pronto, un nuevo auge de crecimiento de las exportaciones, (café, cacao, azúcar, algodón, carnes, pieles, guano, plata, etc.) fue acompañado por una gradual emancipación de los esclavos entre mediados y finales de siglo XIX, y el confinamiento de la producción de la mano de obra indígena servil a la producción de alimentos para consumo doméstico.

Algunos terratenientes, no obstante, siguieron privilegiando el modelo de la hacienda tradicional con su diversificación de productos alimenticios, mano de obra atada a la tierra que la vio nacer, y cosecha para el mercado generalmente doméstico. Este modelo siguió imperando en el interior más rural de algunos de los países: en particular en los altiplanos mexicanos, centroamericanos y andinos menos proclives a la producción de productos tropicales (en alta demanda en Europa) y con menos planicies para la agricultura a gran escala que los llanos de las tierras cálidas. Aunque no todos los modos de producción a pequeña o mediana escala siguieron los patrones feudales pre-capitalistas típicos de los altiplanos conservadores. En Argentina, la *chacra*, un modo de producción a pequeña escala más parecido a las estructuras de los pequeños *farmers* norteamericanos, fue al contrario fuente de un cierto progresismo político característico de clases medias propietarias de su tierra y de su producción. La *chacra* contrastaba con la cada vez más importante *estancia*, una modalidad latifundista, propiedad de élites urbanas con fuertes nexos con Inglaterra. En Cuba, otro esquema muy diferente predominó. Por un lado, las pequeñas plantaciones de tabaco cuya naturaleza agronómica delicada requería una mano de obra calificada y libre (y por ende blanca), fomentó un modo de producción asociado con la libertad y el progresismo. Por otro lado, las plantaciones de caña de azúcar cuyo mantenimiento físicamente arduo incitaba, al contrario, al uso de una mano de obra esclava, fomentó un modo de producción asociado históricamente con el sometimiento y la reacción política de los terratenientes.³²

A la final sin embargo, el monocultivo de exportación y la adopción de *cash crops* más rentables, y por supuesto más volátiles frente a los vaivenes caprichosos de la demanda, oferta y especulación del mercado, se afianzó decisivamente entre 1850 y 1930. La mano de obra se volvió progresivamente más libre, aunque ciertos cultivos se resistieron más que otros a la liberalización de la fuerza de trabajo. Este fenómeno de boom de las exportaciones tuvo, por consiguiente, grandes repercusiones sobre el estado-nación oligárquico. Tendió a crear nuevos asentamientos humanos y colonias semi-urbanas de migrantes internos. Nuevos espacios agrarios marcados por nuevos monocultivos de exportación (las regiones cafeteras del Estado de São Paulo en Brasil, de Antioquia y el Valle del Cauca en Colombia, la zonas cacaoteras de la cuenca del Río Guayas en Ecuador) ampliaron el redoblado énfasis exportador de los antiguos baluartes de las economías de exportación de la época colonial (el interior de Salvador de Bahía e Ilheus en Brasil, el llano occidental en Cuba, y la pampa más cercana a las riberas del Río de la Plata en Argentina y Uruguay). El crecimiento de las agro-exportaciones resultó también en el crecimiento de una tercera categoría en la élite, menos vinculada con la tenencia de tierra y la producción, y más con el comercio, la intermediación y la prestación de servicios financieros y de transporte. Esta clase, esencialmente urbana y porteña, crecería en importancia y poder a lo largo de las últimas décadas del siglo XIX y

³² Ver Peter Marshall (1987), *Cuba Libre: Breaking the Chains?* (London: Unwin Hyman Limited).

primeras del siglo XX, hasta cuando la gran crisis del capitalismo de 1929, puso fin a esta época de oro del liberalismo económico.³³

El problema del desarrollo basado en el intercambio de materias primas por bienes industrializados, es ya muy conocido. La consecuencia inmediata es un desequilibrio en los términos del intercambio que afecta negativamente al estado proveedor de bienes no-industrializados.³⁴ Las consecuencias socio-políticas de este modelo de desarrollo son la emergencia de patrones específicos de relaciones de clase, poco propicios a la institucionalización de una democracia burguesa moderna.³⁵ El resultado suele ser la instalación de monocultivos, y por consiguiente, una grave falta de soberanía alimentaria, industrial y energética, así como una obsesión con el centro del sistema internacional, que vuelve mucho menos significantes las relaciones de amistad o enemistad entre vecinos periféricos. La imposición de tributos sobre terratenientes todo poderosos, íntimamente vinculados con la metrópoli del norte, se vuelve casi imposible. A nivel comunicacional, también se privilegian vías de acceso de la plantación al puerto marítimo más que rutas que verdaderamente integren la nación o favorezcan la comunicación, el comercio y el fortalecimiento del estado a nivel doméstico. Los ferrocarriles argentinos y brasileños fueron paradigmáticos de este empeño por edificar una infraestructura dedicada exclusiva y obsesivamente a la exportación de materias primas.³⁶

Al no lograr imponer su autoridad sobre grandes exportadores transformados en caudillos locales, el estado se debilita y da origen a un sistema de soberanías múltiples. Algunos hemos comparado esta situación a un *estado de naturaleza lockeano*, a veces violento, otras veces pacífico, aunque en regla general, lo suficientemente sosegado (con una marcada ausencia de guerras interestatales “totales”) para no interrumpir el flujo de exportaciones hacia el centro; eso sí, incapaz de hacer el salto hacia un estado centralizado y homogéneo, menos aún hacia un contrato social sostenible donde los individuos se sometan voluntariamente al mandato del colectivo.³⁷

³³ Sobre la era de oro del liberalismo, ver David Bushnell and Neill Macaulay (1988), *The Emergence of Latin America in the Nineteenth Century* (New York: Oxford University Press). Sobre la economía de exportación entre 1850 y la Primera Guerra Mundial, ver Victor Bulmer-Thomas (2003) *The Economic History of Latin America Since Independence* (Cambridge University Press).

³⁴ Ver en particular, Raúl Prebisch (1950) *The Economic Development of Latin America and Its Principal Problems* (New York: United Nations); André Gunder Frank (1966), *The Development of Underdevelopment*, (Monthly Review Press); Fernando Henrique Cardoso and Enzo Faletto (1979), *Dependency and Development in Latin America* (Berkeley: University of California Press); Immanuel Wallerstein (1976), “Semi-Peripheral Countries and the Contemporary World Crisis”, *Theory and Society*, Vol. 3, No. 4. (Winter), pp. 461-483. Samir Amin (1976), *Unequal Development: An Essay on the Social Formations of Peripheral Capitalism* (New York: Monthly Review Press).

³⁵ Existe un consenso casi generalizado en las ciencias sociales sobre este punto. Esto se puede evidenciar tanto desde la perspectiva más liberal de la teoría de la modernización de Samuel Huntington (1968), *Political Order in Changing Societies* (Yale University Press), como desde perspectivas más estructuralistas o neo-marxistas. El axioma “no bourgeois, no democracy” de Barrington Moore, es revelador de este consenso, ver Moore (1966) *Social Origins of Dictatorships and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World* (Boston, Beacon Press).

³⁶ Bushnell and Macaulay (1988), *The Emergence of Latin America in the Nineteenth Century*.

³⁷ Sobre el concepto del estado de naturaleza lockeano, ver John Locke (1988[1689]) *Two treatises of Government* (Cambridge University Press); Richard Ashcraft (1968) “Locke’s State of Nature: Historical Fact or Moral Fiction?”, *American Political Science Review*, Vol. 62, No. 3., pp. 898-915. Sobre el estado de naturaleza lockeano “light” aplicable a América Latina y en particular a Ecuador, ver Fernando Bustamante (2005) “En los arrabales del Estado de Naturaleza”, en *Ecuador Debate*, no. 64; y sobre el estado de naturaleza lockeano no violento, ver Long and Iglioni, “Does Stability Matter”; y Long (2008) “El mito de la inestabilidad política: estabilidad y crecimiento económico en Ecuador”, en *Ecuador Debate*, no. 73.

4.2 El intento estatista desarrollista.

Si el “estado-plantación”, más que el estado-nación, prosperó en América Latina, no es menos cierto, que no fue aquel un modelo político-económico libre de cuestionamientos y conflictividad. El liberalismo económico trajo consigo contradicciones inherentes que permitieron la emergencia de nuevos actores. La crisis mundial de 1873, en especial, en pleno auge del modelo agro-exportador, evidenciaba ya la fragilidad del sistema económico.³⁸ Si la mayoría de los países lograron sobrellevar los efectos más inmediatos de la crisis de finales de siglo XIX, también es cierto que esta marcó el inicio de un paulatino declive que culminaría con la crisis de 1929, y por lo tanto con una renovada agudización de los conflictos sociales y riñas entre élites.³⁹

No todas las economías latinoamericanas prosperaron hasta 1930. Perú por ejemplo vivió uno de los booms más cortos de la era de oro del liberalismo, con el agotamiento súbito del guano antes de concluido el siglo XIX. Muchas economías fueron también seriamente afectadas por el advenimiento de la Primera Guerra Mundial. Algunos de los bienes más suntuarios, como el cacao, fueron afectados por una repentina baja en la demanda. Para otros, el boom duró hasta el último respiro de Wall Street. Sin duda, el colapso total de la economía exportadora de Argentina, a partir de 1930, fue uno de los declives económicos más estrepitosos de la historia del siglo XX, del cual el estado-nación argentino aún no se ha recuperado.

Al consumarse el colapso del modelo agro-primario-exportador en la década de 1930, el poder de las élites tradicionales de América Latina, a la par que los precios de sus productos, se vino a bajo. Un vacío político y económico colmó los estados-nación de América Latina, del cual se aprovechó un nuevo grupo de pequeños burgueses urbanos, industrialistas embrionarios, y militares de carrera, que a partir de 1930 irrumpirían en el escenario latinoamericano. Hartos de los desgarramientos domésticos protagonizados por las élites, algunos militares de los incipientes ejércitos profesionales de la región se rebelaron. Lo hicieron en nombre del estado-nación, inyectando en algunos casos un estatismo nacionalista en la ecuación contractualista latinoamericana.

En Brasil, los *tenentes*, hartos del cacicazgo de *coroneis* en las partes más periféricas del país, y de la alternanza en el poder de élites de São Paulo y de Minas Gerais en la famosa república *café com leite*,⁴⁰ habían protagonizado una serie de levantamientos a lo largo de la década del '20. Este proceso culminó en 1930, con el golpe de estado “revolucionario” del militar Getúlio Vargas. El *estado novo* (1937-1945), su reelección democrática en 1950, y su suicidio final desde la presidencia en 1954, serían algunos de los hitos que marcarían el largo dominio del Dr. Getúlio o “GÊGÊ” sobre la política

³⁸ Sobre los graves efectos de la crisis de 1873, ver Eric Hobsbawm (1987), *The Age of Empire, 1875-1914* (New York, Random House), capítulo 2.

³⁹ La crisis económica dio origen a un ciclo largo B de Kondratieff.

⁴⁰ La república *café com leite* se refiere a la primera república brasileña (1889-1930), dividida entre las rivalidades de los cafeteros de São Paulo y los ganaderos (lecheros) de Minas Gerais que se alternaron en el poder. Esta expresión sin embargo ha sido muy criticada por simplificar demasiado el panorama socio-político brasileño. Minas Gerais tenía en realidad una matriz productiva más diversificada. También ignora la influencia ejercida por otros estados como en particular Río Grande do Sul, durante esta época. Al respecto, ver Boris Fausto (1999), *A Concise History of Brazil* (Cambridge University Press). Aún así esta expresión encapsula bien la descentralización y la bipolaridad política del estado brasileño.

brasileña, y el inicio de una larga trayectoria desarrollista en Brasil. En Cuba, el sargento mulato Batista tumbaría, en 1930, al gobierno oligárquico del General Machado, para instalar un gobierno con apoyo inicial de las clases medias. El mismo año, el colapso argentino significó asimismo el derrumbe de los radicales, y el inicio de trece años de precaria inestabilidad, dominadas por las riñas entre diferentes sectores fascistas y liberales de las Fuerzas Armadas, hasta cuando la revolución de 1943, y luego el ascenso de Perón en 1946, cambió radicalmente el panorama político.

En el centro del sistema-mundo, el modelo de la división internacional del trabajo había topado fondo, y las respuestas en Europa y en los Estados Unidos apuntaban hacia un mayor estatismo. Llámese matriz “keynesiana”, *new deal*, o incluso formas más radicales de reorganización política como el fascismo y el nazismo, la crisis generalizada hizo que todas estas variantes de reposicionamiento del estado en el centro tuvieran gran impacto sobre América Latina. Muchos empezaron a implementar reformas que en las cuales el estado asumía un rol económico nunca antes contemplado en América Latina. Las experiencias estatistas, sin duda, variaron considerablemente de un país a otro. En algunos estados, en particular en el Cono Sur, la vocación industrializadora mediante la substitución de importaciones (ISI) dejó huellas más duraderas. En los países andinos, sin embargo, el modelo ISI tuvo menos auge, aunque logró dar paso a una tímida industrialización en Colombia y Perú. En Bolivia, el reformismo estatal fue mucho más útil para abolir rezagadas estructuras feudales. De hecho, la Revolución Boliviana de 1952 afectó más la tenencia de tierra y los derechos de mineros y obreros que su modelo productivo. De modo similar, el estado ecuatoriano se visibilizó, más que a través de un ambicioso proyecto industrializador, mediante su acompañamiento a productores agrícolas medianos, a través del financiamiento público de proyectos de infraestructura y de urbanización en las zonas rurales del litoral ecuatoriano, sobre todo durante la “década bananera” de los gobiernos Plaza, Velasco y Ponce.

No todos los estados-nación latinoamericanos dieron paso a reformas de gran envergadura durante el auge del desarrollismo. En Colombia, élites pusieron fin a la amenaza populista que representaba Gaitán, con su asesinato en 1948, desatando una ola de violencia sin igual, que no acaba de resolverse hasta la fecha. En Cuba, el país más capitalista de América Latina hasta la revolución de 1959, se profundizó el proceso de modernización y tecnificación de la industria azucarera, y por ende de proletarianización de su población urbano-rural llanera, pero a través de relaciones de producción altamente injustas y mediante un proceso político tiránico; lo que pronto abriría las puertas a una revolución socialista.⁴¹ En América Central, intentos reformistas y desarrollistas fueron también muy resistidos por las élites. El reformismo bananero que se vivió por ejemplo en Ecuador no pudo prosperar en Centroamérica, en parte por la ingerencia de las grandes frutícolas estadounidenses que pusieron fin, entre otras hazañas imperiales, a los diez años de primavera guatemalteca mediante el derrocamiento de Jacobo Arbenz. En Honduras, el reformista Ramón Villeda se enfrentó en dos ocasiones con la misma suerte. Con la excepción de Costa Rica que pudo implementar importantes reformas desarrollistas a su economía cafetera, en parte durante la presidencia de Figueres, en el resto del istmo, siguieron imperando

⁴¹ Knight considera que la naturaleza socialista de la revolución cubana está directamente vinculada a la naturaleza capitalista de sus estructuras pre-revolucionarias, “Social Revolutions: A Latin American perspectiva”.

latifundios tradicionales, como los que en El Salvador, lograron perpetuar a las “14 familias” en el poder. La crisis no obstante, hizo que las élites centroamericanas también tengan que entregar el control del estado a caudillos militares, frecuentemente oriundos de capas sociales menos oligárquicas. Los terratenientes lograron, sin embargo, que sus dictadores no afecten intereses económicos, y que al contrario, se dediquen a frenar el surgimiento de movimientos sindicales consolidados. Las tiranías de los Somoza en Nicaragua, Ubico en Guatemala, Martínez en el Salvador y Trujillo en República Dominicana, fueron por lo tanto carentes de ingredientes keynesianos.

Aún en América del Sur, y a pesar de la aparente voluntad de nuevas élites urbanas de alejarse del modelo agro-exportador de la plantación, la ruina y consecuente inestabilidad política de la década del '30 no permitió mayores éxitos. En términos reales, y con gran variación según el estado-nación examinado, los tímidos esfuerzos de industrialización no lograron cambiar la matriz productiva y exportadora de la mayoría de los estados latinoamericanos. La recuperación económica post-segunda guerra mundial pudo dar un nuevo ímpetu al proyecto de fortalecimiento del estado, pero en cierto sentido, surgió el efecto contrario. El repunte de los precios de las materias primas hacia finales de la década del '40 y '50 consolidó en muchos estados el retorno de la exportación de materias primas. Además, las presiones de los Estados Unidos para que América Latina cumpla con su rol exportador en un contexto de división del globo en dos grandes bloques, se erigieron como obstáculos adicionales a la reingeniería económica de los estados-nación de la región.

Una renovada crisis de los precios en la década del 60, y sobre todo la revolución cubana de 1959, parecieron asustar a las élites latinoamericanas, que le dieron un nuevo ímpetu a las medidas de fortalecimiento del estado. Muchos empezaron a temer una posible manifestación socio-política de las inevitables inequidades que volvían a surgir de un modelo agrario carente de disfraces sociales y estatales. Esto también lo entendió momentáneamente Estados Unidos, que impulsó la Alianza para el Progreso, con el ostensible propósito de fortalecer el estado capitalista moderno en América Latina. Asimismo, la continuidad del modelo keynesiano norteamericano durante las administraciones Eisenhower, Kennedy y Johnson, consolidó el rumbo estatista e institucionalizador en América Latina. De hecho, cuando Estados Unidos finalmente decidió dar el gran giro hacia la liberalización económica y monetaria a partir de las reformas de Nixon de 1971, fueron muchos los países latinoamericanos que se rehusaron a seguir el ejemplo del norte. Los Andes en especial se resistieron. Perú durante el liderazgo del General Juan Velasco Alvarado (1968-1975) y Chile durante la presidencia de Salvador Allende (1970-1973), pero también Ecuador bajo la presidencia del General Guillermo Rodríguez Lara (1972-1976) y Venezuela durante el mandato de Carlos Andrés Pérez (1973-1979) dieron soporte a un nuevo nacionalismo latinoamericano. Nació el Grupo Andino, luego sustituido por la Comunidad Andina de Naciones, promoviendo la industrialización complementaria y la integración de países vecinos. A este grupo no-alineado andino, se unieron otros, como Panamá durante el liderazgo de Omar Torrijos (1968-1981), y demasiado tarde, la Nicaragua Sandinista. En Brasil, el General Geisel (1974-1979), también relanzó el viejo desarrollismo de Vargas, Kubitschek, Quadros y Goulart, resistiendo durante algunos años la creciente tendencia aperturistas de las dictaduras vecinas del Cono Sur.

Algunos estados latinoamericanos llegaron incluso a privilegiar una suerte de nacionalismo tercermundista que se amparaba de nuevo en los altos precios de las materias primas, en particular el petróleo. Rescataron en especial iniciativas políticas multilaterales desde la periferia, como el Movimiento de los No-alineados (MNOAL), la creación de carteles de productores, como la Organización de los Países Exportadores de Petróleo (OPEP), propuestas para otorgar más controles legales sobre territorios y recursos marítimos, como en la Conferencia que concluyó con la adopción de la Convención sobre el Derecho del Mar (CONVEMAR), e iniciativas de reingeniería de la arquitectura financiera internacional, como la idea germinada en la Asamblea General de las Naciones Unidas de dar origen a un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI). Pero llegó de nuevo la crisis, y con ella se desvanecieron los sueños del Tercer Mundo.

4.3 Neoliberalismo y estado-nación

Pinochet en Chile, siguiendo el ejemplo de sus patronos Kissinger y Nixon, fue el primero en cambiar de rumbo. Pronto sería seguido por una Argentina padeciendo aún la embestida de militares convencidos en cuanto a la necesidad de exterminar todo germen “filocomunista” en la sociedad, pero divididos en cuanto a la adopción de un mayor nacionalismo o liberalismo económico. No obstante, al desatarse la crisis de la deuda en 1982-1983, todos los estados-nación latinoamericanos dieron un marcado giro hacia un nuevo *laissez-faire* económico.

Lo quebró financiera, luego de que el Presidente Ronald Reagan aumente las tasas de interés al 15%, puso fin al experimento nacional-desarrollista. Los estados de América Latina se dividieron, se volvieron a aislar, le dieron énfasis al bilateralismo con sus acreedores y con los Estados Unidos, reasumieron relaciones de competitividad entre vecinos y su papel tradicional en la división internacional del trabajo.⁴² Hasta los candidatos menos sospechados, como Cuba, tuvieron que dar paso a reformas que limitaron en alguna medida el rol del estado, aunque más por efecto del derrumbe de la Unión Soviética que por la crisis de la deuda. Aún diferenciando los ajustes más radicales de Bolivia y Argentina, de los más superficiales de Venezuela y Colombia, la congruencia y simultaneidad del paulatino retorno hacia el modelo agro-primario-exportador fueron sin precedentes en la historia de América Latina.

Para el estado-nación latinoamericano, las consecuencias del neoliberalismo fueron trágicas: crecimiento casi nulo o negativo; polarización de la riqueza; auge del crimen y pérdida de soberanía tanto doméstica como westfaliana.⁴³ La pérdida de soberanía

⁴² Sobre el giro brusco que dio América Latina en sus relaciones con Estados Unidos después de la crisis de la deuda, ver Andrew Hurrell (1996) “The United States and Latin America: Neorealism Re-examined”, in Ngaire Woods (ed.) *Explaining International Relations since 1945* (Oxford University Press). Para entender los cambios post-crisis de la deuda en material de política exterior y económica latinoamericana, ver Laurence Whitehead (1986) “Debt, Diversification, and Dependency: Latin America’s International Political Relations” in Kevin J. Middlebrook and Carlos Rico (eds.) *Latin America and the United States in the 1980s: Contending Perspectives on a Decade of Crisis*. (University of Pittsburgh Press). Para un análisis general de la hegemonía norteamericana en América Latina en este período, ver James Kurth (1986) “The United States, Latin America, and the World: The Changing International Context of US Latin American Relations”, in Middlebrook and Rico (eds.) *The United States and Latin America in the 1980s*.

⁴³ Stephen Krasner, en “Abiding Sovereignty”, *International Political Science Review*, Vol. 22, No. 3, 2001, pp. 229-251, hace una interesante diferencia entre cuatro tipos de

doméstica en particular significó el auge de estados dentro del estado, sindicatos y carteles criminales, y grupos irregulares. Las favelas, cordones, barrios, suburbios, guasmos, ranchos, invasiones, colonias y ciudades miserias que habían crecido desmedidamente durante el auge desarrollista, debido a una migración rural-urbana producto de los incipientes procesos de industrialización, se volvieron cada vez más impermeables al control político, económico y administrativo del estado central.

El fracaso del retorno al ultra-liberalismo económico fue tan rotundo que recreó muy pronto la conciencia de la necesidad imperante de volver a fortalecer al estado; por lo que en la actualidad, se perfila un nuevo movimiento pendular hacia una recrudescida ola de nacionalismo económico que pareciera intentar reposicionar el papel del estado en su administración de la sociedad y de los intercambios. Quizás sea aún muy temprano para llegar a conclusiones sobre lo duradero y exitoso de esta nueva tendencia. Valdría simplemente señalar que el rotundo fracaso del neoliberalismo, hasta desde el punto de vista de las élites económicas, podría conllevar que una renovada visión soberanista y estatista prospere a mediano plazo en el estado-nación latinoamericano.

4.4 ¿Caudillismo congénito o nacionalismo compensatorio?

Nadie duda entonces de la existencia del estado-nación latinoamericano. El estado-nación, como argumentan los realistas de las Relaciones Internacionales, aún cuando sus instituciones resultan débiles y su identidad nacional frágil, sigue siendo una estructura organizativa y una comunidad imaginaria que logra sumar muchas lealtades. Quizás sea también, como argumentan los marxistas, el producto de un “engaño funcional” que busca lograr la división administrativa del capitalismo mundial, pero hasta ahora, el estado-nación no muestra signos, ni en América Latina, ni en el resto del mundo, de iniciar su declive irremediable.⁴⁴

Reconocer la *existencia* del estado-nación latinoamericano, no obstante, no es lo mismo que reconocer su *fortaleza*. El estado-nación latinoamericano, a pesar del intento desarrollista de reposicionarlo, que culminó además en un estrepitoso fracaso, ha sido casi sistemáticamente débil, descentralizado y ausente. Resulta por lo tanto

soberanía. En particular diferencia la soberanía westfaliana (o vateliana), que identifica como el rechazo a la entrega de soberanía a entidades externas, de la soberanía doméstica (o weberiana), la autoridad efectiva del estado sobre el comportamiento y las costumbres del colectivo.

⁴⁴ Esto es un importante debate en las Relaciones Internacionales, que opone a realistas como Stephen Krasner, en “Abiding Sovereignty” y “Compromising Westphalia”, Kenneth Waltz, en *Theory of International Politics*, New York: McGraw-Hill, 1979, y John Mearsheimer, en *The Tragedy of Great Power Politics*, New York: Norton, 2001, a liberales, funcionalistas, institucionalistas y algunos constructivistas. Estos últimos no han necesariamente argumentado que el estado-nación tiende a desaparecer, pero que si se ha dado un debilitamiento o una pérdida de supremacía absoluta del estado-nación como unidad de análisis en el sistema internacional, por ejemplo: Karl Deutsch, et al. (1957), *Political Community and the North Atlantic Area; International Organization in the Light of Historical Experience* (Princeton: Princeton University Press); James Rosenau (ed.) (1969), *Linkage Politics: Essays on the Convergence of National and International Systems* (New York: The Free Press); John Ruggie (1998) *World Polity* (London: Routledge), etc. En este debate, muchos marxistas tienden a unirse al bando realista, haciendo hincapié en la supremacía de la clase social por encima del estado o de la nación a largo plazo, pero reconociendo que los estados-nación están aún entre nosotros para largo. Ver en particular Hobsbawm, *Nations and Nationalism*. Sobre la persistencia de la nacionalidad en el contexto soviético y post-soviético, ver Alexander J. Motyl, ed., *Thinking Theoretically about Soviet Nationalities*.

sorprendente seguir escuchando hablar de supuestas tendencias estatistas, que además, responderían a una tradición caudillista, populista, nacionalista, corporativista y clientelista, iberoamericana.⁴⁵ No dudo del paternalismo de una sociedad latinoamericana profundamente machista y conservadora, pero no llego a entender las teorías, hoy frecuentemente convertidas en estereotipos, que describen los episodios nacional-populistas como herencias casi congénitas de una cultura latinoamericana que tiende a inclinarse hacia un caudillismo estatista. Me resulta más convincente concebir el populismo nacionalista y estatista como una respuesta *compensatoria* por una notoria ausencia de “patria”, es decir por la debilidad histórica del estado-nación.

El argumento de la *compensación* histórica es un argumento aún muy poco teorizado en el ámbito de las ciencias sociales. Y sin embargo, ejemplos de lo que podríamos llamar una *compensación* nacionalista abundan en la historia reciente de muchos estados-nación. A falta de estado, hemos visto una búsqueda errática y pendular de estatismo; a falta de nación, recurrentes brotes de nacionalismo. El ejemplo más dramático sigue siendo el delirio nazi del Tercer Reich, que podríamos percibir como una *compensación* por la humillación al orgullo nacional producto del Tratado de Versailles de 1919. De igual manera, si Francia fue tan reticente en descolonizar, optando por empantanarse en guerras postcoloniales estériles (en Argelia y en Indochina), fue sin duda en parte para *compensar* el orgullo herido de la derrota de 1940, y la subsiguiente ocupación alemana. Solamente, el General de Gaulle, percibido como el gran héroe de la Segunda Guerra Mundial podía poner fin al imperio francés de ultramar, a la par que, *compensando*, despedía las bases de los Estados Unidos del territorio patrio. Al contrario, Inglaterra, que resistió a los bombardeos del Blitzkrieg, logró poner fin a su imperio de manera menos conflictiva, y mantener asimismo un dócil atlantismo frente a los Estados Unidos. Si el presidente Vladimir Putin defiende hoy políticas económicas más nacionalistas y una política exterior de reposicionamiento del Kremlin en la tradicional esfera de influencia rusa, es también en parte por intentar *compensar* el trauma del desmoronamiento de la Unión Soviética, que, durante la era Yeltzin, pasó de un estatus de superpotencia a ser casi un país del Tercer Mundo.

Podemos conjurar un sinfín de ejemplos de *compensación* nacionalista, pero lo importante es reconocer que América Latina también ha buscado, a lo largo de su historia, *compensar* por sus debilidades estatales y nacionales. De hecho, su impotencia militar y su diminuto poder en relación al concierto de países en el sistema internacional, originaron una cultura republicana marcial omnipresente. Si los latinoamericanos adulan a los himnos (nacionales, regionales, subregionales, ciudadanos), así como los uniformes, las banderas y los momentos solemnes, es sin duda, en parte, para poder *compensar* la falta de hitos fundacionales que cohesionen al colectivo. De igual manera la debilidad estatal-institucional de los estados-nación latinoamericanos les abrió paso a hombres fuertes, que en circunstancias diversas, intentaron personificar a la patria, volver a fundarla, y *compensar*, frecuentemente mediante una encolerizada masculinidad del discurso, la debilidad histórica de sus estados-nación. Algunos líderes, convencidos de las vulnerabilidades estructurales de sus respectivos países, han

⁴⁵ De nuevo, ver Wiarda, *Corporatism in Iberian and Latin American Political Analysis*, y, usando argumentos marcadamente diferentes, pero que también aluden a una pesada herencia estatal, Marcelo Cavarozzi (1993), “Beyond Transitions to Democracy in Latin America”, *Journal of Latin American Studies*, Vol. 24, No. 3, pp. 665-684.

pretendido fortalecer la contundencia de su estado-nación en proyectos centralizadores; otros al contrario, hicieron de su control sobre estructuras estatales una mera extensión del poder personal, de la familia y de los amigos.⁴⁶

Por todo aquello, resulta claro que los problemas de América Latina han sido íntimamente vinculados a una falta – y no a un exceso – de estado; a un menoscabo histórico – y no a una fanática exacerbación – del nacionalismo colectivo; por lo que no puedo sino unirme a la exclamación de Miguel Ángel Centeno, al confesar su estupor frente a discusiones que ponen en escena a un supuesto estado latinoamericano opresor y autoritario: “¿Dónde está ese Leviatán? ¿Dónde está la institución capaz de frustrar y oprimir a tantos? (...) A pesar de mucha discusión sobre una ‘matriz estado-céntrica’, aún sabemos sorprendentemente poco sobre la habilidad del estado en América Latina para hacer cualquier cosa.”⁴⁷

5. Conclusión.

El intento de reproducción del modelo de estado-nación imperante en Europa por parte de los latinoamericanos es en realidad consecuente con el papel que, sabemos, juegan las hegemonías en los sistemas sociales. Las asimetrías de poder entre estados, culturas e individuos, alientan frecuentemente el remedo, por parte de los débiles, de las ideas, estéticas y estructuras de los más fuertes. Resulta sin embargo más intrigante el hecho que la reproducción del modelo del más fuerte se haya realizado de manera tan parcial y tan poco fiel; en particular en lo que atañe a ese singular pero sintomático aperturismo latinoamericano, ya que todos los países capitalistas relativamente prósperos del centro, transitaron sin vacilaciones por estatismos, nacionalismos y proteccionismos, en particular en las fases iniciales de su inserción en el mercado global.

Inglaterra resistió las presiones aperturistas holandesas hasta cuando su fortaleza manufacturera le permitió empezar a competir ventajosamente. Cuando adquirió confianza en su supremacía industrial, lógicamente buscó convencer al resto del mundo de las bondades del mercado. Estados Unidos, siguiendo los consejos de Alexander Hamilton, hizo lo mismo. Espero más de un siglo después de su independencia para exponerse a las arremetidas manufactureras y agrarias europeas, antes de ponerse a predicar el libre mercado. Asimismo, los pocos países periféricos que lograron rditos económicos significativos en el siglo XX, esencialmente los tigres asiáticos (Japón, Corea del Sur y Taiwan), y la China emergente, lo hicieron a través del establecimiento de estados fuertes, proteccionistas e ingerentes.⁴⁸

⁴⁶ Al respecto ver Ayoob, “Inequality and Theorizing in International Relations: The Case for Subaltern Realism”, p. 46.

⁴⁷ Centeno, *Blood and Debt*, p. 2. Ayoob concuerda que en el “Tercer Mundo”, el problema ha sido una notoria falta de poder leviatanesco y no un exceso del mismo, ver Ayoob “Inequality and Theorizing in International Relations: The Case for Subaltern Realism”.

⁴⁸ Existe una amplia bibliografía que ilustra este fenómeno. Ver en particular el precursor Friedrich List (2004[1841]) “Sistema nacional de economía política; introducción” en Alberto Acosta y Eduardo Gudynas, *Libre comercio: mitos y realidades* (Quito, Ediciones Abya Ayala-ILDIS). Para un estudio contemporáneo de cómo sociedades agrarias lograron volverse industriales y por qué la mayoría de los estados periféricos no lo logran en la actualidad, ver Ha Joon Chang (2002), *Kicking Away the Ladder: Development Strategy in Historical Perspective* (Anthem Press).

Sin duda, fue muy importante, en América Latina, el hecho que los pocos estados-nación de la región que se atrevieron a dar un giro, fueron inmediatamente castigados por las potencias industriales. Los haitianos, luego de expulsar a los colonos y huir en masa de las plantaciones, fueron las víctimas de un siglo de embargo, sanciones financieras y aislamiento impuesto por Europa y Estados Unidos. Paraguay, que durante la dictadura de Rodríguez Francia había logrado articular un exitoso modelo de desarrollo endógeno cuyos beneficios sociales serían aún hoy la envidia de muchos estados latinoamericanos, lo logró mediante el cierre de su mercado a los productos ingleses; lo que acarreó la guerra más sangrienta de la historia de América Latina, financiada en gran medida por la “City” de Londres. Cuba, que intentó dar un cambio repentino a sus estructuras productivas, sociales y políticas, fue el blanco de una desproporcional retaliación por parte de Washington, que todavía se niega, veinte años después del final de la Guerra Fría, a poner fin a su embargo económico.

La lección que nos enseña la historia es por ende bastante sencilla. Si los estados latinoamericanos actúan solos, se vuelven demasiado vulnerables ante los contragolpes de los países del centro. Los escasos logros emancipatorios del estado-nación latinoamericanos se han dado al actuar con cierto grado de unísono, por ejemplo mediante la defensa de tímidos proyectos soberanistas durante la década del '70, que lograron evitar una retaliación más eficiente de los poderosos. Resulta cada vez más claro, que solamente una acción abrumadoramente colectiva puede hacer que los estados-nación periféricos pierdan el miedo.

5.1 Paradojas positivas.

Quizás, para América Latina, el hecho de no haber hecho el salto hacia estructuras capitalistas modernas, conlleve, paradójicamente, una gran ventaja, con frutos aún insospechados para la región. En un mundo cada vez más cautivo de peligros y presiones ambientales, demográficas y virales, en donde los recursos naturales cobran cada vez mayor importancia estratégica, el hecho que América Latina evitó, durante su historia republicana, ecocidios y genocidios de magnitudes europeas y norteamericanas, podría convertirse en el as debajo de la manga. Grandes espacios poco habitados, un sinfín de recursos (entre otros hídricos), una biodiversidad inigualable, anticipan hoy el rol que América Latina podría asumir en el futuro. En este sentido, la falta de estandarización y homogeneización de los estados-nación latinoamericanos podría resultar una bendición impensada. ¿La *pax latinoamericana* rendirá por fin sus frutos?

El éxito o no de esta vuelta irónica de la historia, dependerá sin embargo del cumplimiento de dos condiciones esenciales. En primer lugar, dependerá de la capacidad latinoamericana para no completar la destrucción ya bien encaminada del frágil entorno medioambiental en la que está inmersa, y sin la cual, América Latina pierde su ventajosa singularidad. En segundo lugar, obedecerá a la capacidad latinoamericana de resistir nuevas modalidades de intervencionismo por parte de los países del centro del sistema-mundo, que inevitablemente intentarán obtener en condiciones favorables las nuevas riquezas y el posicionamiento estratégico que brinda el suelo latinoamericano. De cierta forma, las dos condiciones responden a una misma incógnita. Todo depende de la capacidad latinoamericana de alejarse de un modelo

agro-primario-extractivista tan perjudicial para su medioambiente y fuente de crónicas asimetrías de poder con el centro industrializado. Solamente mediante la reorientación de su matriz productiva, podrá América Latina evitar un saqueo de nuevas riquezas que reproduzca el patrón de depredación de las reservas agrarias y mineras del pasado.